

driándose sus ojos y humedeciéndose sus lágrimas. Mis niños quisieron enterrarla solemnemente en el jardín; cavaron su fosa al pie del gran naranjo *bravo*, no lejos de un pie de salvia todo florido; depositaron el cuerpo envuelto en un paño blanco; lo recubrieron de tierra, echaron sobre la sepultura flores, conchas, hasta cromos y aleluyas, y mientras los dos mayores lloraban todas las lágrimas de su corazoncito piadoso, la pequeña, haciendo trompeta con el hocico salado y ensayando los gestos y pucheros que juzgó más adecuados para expresar el dolor, pronunció estas palabras, condena del sentimentalismo y fórmula de un carácter jovial y antirromántico:

— Yo también quería llorar por la mona.
¡Pero no puedo!



LOS POETAS ÉPICOS CRISTIANOS

TASSO

Tiene el subjetivismo poético cierta aleación de egoísmo, que se revela en la codicia de amor. El anhelo de felicidad que los poetas sienten con tan clara viveza, les impulsa á ambicionar infinidad de cariño; y aún es mayor que el gusto de poseerlo el deseo de ganarlo. Tasso no parece sino que vino á cerciorarse de la ternura de Cornelia, como el avaro que á deshora se levanta, desentierra su caudal y lo cuenta por ver si está completo; hecho lo cual, vuelve tranquilo á su cámara. Convencido el poeta de que la llama del fraternal amor ardía con la misma intensidad que en los días de la niñez, volvió á tomar el bastón del viajero. No fueron parte á detenerle las finezas y agasajos de la amante Cornelia, ni los recuerdos poderosos que evocaba el hogar de la familia, ni las flores, ni los mirtos, ni las playas, ni el cielo mágico de Sorrento, tan distinto de las nebulosas ori-

llas del Po. Atráfaile secreto imán, no hacia Turín, donde le aguardaba con los brazos abiertos el duque de Saboya, ni hacia Roma, donde la popularidad idolátrica le tejía guirnaldas, sino hacia Ferrara, el lugar de su desventura. Su idea fija era Ferrara; su sueño, hacer paces con el duque. Presa de zozobra y desasosiego inexplicables, escribió á la duquesa de Urbino, rogándole que intercediese por él con Alfonso. No contestó la duquesa á la carta, y Tasso entonces, desesperado, fuera de sí, desoyendo los consejos de sus amigos, se presentó en Ferrara. Alfonso le acogió con toda benignidad y favor; de nuevo le hizo su confidente, su preferido comensal. Negóse tan sólo á entregar los manuscritos del mismo Tasso, que en su poder guarbaba, temeroso sin duda de que el trastornado poeta los estropease al corregirlos; por lo cual, éste, resentido y colérico, abandonó á Ferrara.

Desde entonces es la conducta de Tasso como de hombre desorientado, que busca en vano su centro, prendado de lo que no alcanza, mal contento de lo que posee. Sería, en verdad, osada falsificación histórica hacer de Tasso una víctima de la arrogancia y arbitrariedad de los poderosos; muy al contrario, todos sonrieron al genio, todos le tendieron mano protectora. El duque de Florencia, el duque de Urbino, el de Saboya, Felipe de Este y su esposa, el cardenal Albani, á quienes sucesivamente acudió pidiendo amparo, oyeron sus súplicas, trataron de mirar por su salud, por su reposo, de prodi-

garle consuelos y lisonjas. Más tarde—cuando en nuevo arrebató, á impulsos del afán de recobrar sus manuscritos, se dirigió otra vez á la fatal Ferrara, en momentos en que Alfonso celebraba sus bodas con Margarita de Gonzaga, y al saber que el duque no le recibía en audiencia, hubo desatado su lengua derramando imprecaciones y denuestos contra la corte, logrando así que el Duque volviese á encerrarle en el hospital de Santa Ana, enviándole sus médicos y enfermeros—ningún príncipe, ni el mismo Papa, dejó de rogar para que fuese puesto en libertad el poeta. Vicente Gonzaga, á quien después dedicó su tragedia *Torrismondo*, alcanzó, á fuerza de instancias, abrir la cárcel de Tasso, llevándosele consigo á Mantua. Aquel clima le sentó mal; fué á Bérgamo; pero deseoso de aislamiento, ó quizá movido á apartarse algo del mundo, que en sus falaces deleites envolvía tanta amargura, buscó refugio en el monasterio de Monte Olivete, en Nápoles. No es decible el sosiego y lida paz que allí disfrutó. El recibimiento y trato de los frailes no fué menos benigno y afectuoso que el que en la Rábida hizo revivir al abatido Colón. El alma ulcerada de Tasso iba regenerándose en el ambiente de caridad del monasterio. Trabajaba activamente en *La Jerusalén*, y, según declara Manso, más de dos mil estrofas corrigió y rehizo en un mes tan sólo.

El grave silencio de los claustros; la magnificencia severa de la monumental iglesia, ornada de las obras maestras de Santa Croce y No-

la; el fraternal comercio con los religiosos, sencillos, eruditos, poco lisonjeros y menos cortesanos; la soledad, el apartamiento, la vida igual y apacible, las largas horas pasadas en la gran biblioteca, poblada de infolios y rancios manuscritos, todo era parte á refrescar y calmar el espíritu del poeta, que por primera vez recibía hospedaje de la religión. Tanta fué su gratitud á los beneficios que sin doblez alguna le eran otorgados, que consintió en interrumpir su cara *Jerusalén* para dedicarse, aunque enfermo y débil, á la empresa de un poema: *Del origen de la Congregación de Monte Olivete*¹, que dejó sin terminar, pero que, como acertadamente dice un escritor francés², muestra cuán fecundo campo brindan á los verdaderos poetas las crónicas y leyendas de las Ordenes monásticas.

Mas si el retirado oasis de Monte Olivete fué bálsamo á las llagas del alma de Tasso, la indole vagabunda, la mente llena todavía de mundanas ilusiones, los recuerdos, la esperanza tenaz, empujaban al poeta á más tempestuosas zonas. Salió hacia Roma; y como la fama y la gloria, aladas y vocingleras, le precedían á to-

1 «Lasciai dunque — dice el Tasso — Popere mie da parte, ed ancora infermo e quasi disperato della salute cominciai, come vollero i Padri, a poetare, acciochè la mia poesia fosse quasi un riconoscimento della loro grazia e carità.» — «Dejó, pues, mis obras á un lado, y aun enfermo y desesperanzado de sanar, comencé, según el deseo de los Padres, á poetizar, á fin de que mis versos sirviesen de agradecer su caridad y favores.» — *Carta al cardenal Caraffa*, vol. XII.

2 M. Valery.

das partes, fué recibido del gran Sixto V, que se dignó acogerle con singular benignidad, y del duque de Florencia, que le rogó favoreciese su corte, poniendo por intercesor para ello al Papa. Nuevas suspicacias y quiméricos recelos le alejaron de Florencia, llevándole otra vez á Nápoles. De tiempo en tiempo le acometían sus accesos de vesania, sus hipocondrias, pesadillas y visiones de duendes familiares; mas en Nápoles, al lado del fiel amigo Manso, con la sociedad de los buenos Padres de Monte Olivete, bajo el claro cielo de la patria, aquietóse su ánimo; disipáronse los febriles vapores; otoñal placidez, como del ocaso de las pasiones y delirios juveniles, confortó su espíritu, y, restaurado, se consagró con nueva energía á las letras.

Entonces, en aquella especie de tregua y convalecencia felicísima; al punto en que quizá el poeta iba á entrar en el periodo viril de su existencia, y dejados atrás los sueños de la mocedad, dar á su genio ya maduro nueva dirección, fué cuando la suerte caprichosa le dispuso la burla más cruel. Entonces se oyó en el fondo del impenetrable santuario del destino mofadora carcajada.

Acababa de ascender al trono pontificio Clemente VIII, y sucedió que su sobrino, el cardenal de San Jorge, siendo admirador de Tasso, con vivas instancias, con mensajes continuos, le invitó á volver á Roma. Accedió el poeta, y rodeáronle sus admiradores, llovieron obsequios, menudearon homenajes y redobló el en-

tusiasmo. Era Tasso el idolo de la corte: su primacía, negada por zoilos y aristarcos, comprometida por sus males del alma, brillaba al fin con soberano esplendor. Mas como, á pesar de tan halagüeña acogida, decidiese dejar á Roma y emprender nuevamente la ruta de Nápoles, resolvieron hacer con él lo que desde Petrarca no había vuelto á realizarse: se trató de concederle un honor tal, que para siempre ilustrase su nombre, consagrado por el genio: se determinó, en suma, coronarle con el laurel de la poesía en el Capitolio. Fijóse para el grandioso y solemne acto el día 24 de Abril de 1595. Las postrimerías del siglo xvi iban á iluminarse con la aureola radiante que cercaba la cabeza inmortal de Tasso; porque á la sazón, ser coronado en el Capitolio era triunfar á la faz del universo.

Llegó la víspera del memorable día. La florida estación comenzaba á engalanar con vistosa pompa los campos, y las aldeanas entraban en Roma prendidas con sus mejores atavíos y cargadas con cestas rebosando jazmín, granado, juncia y olorosas hierbas. Revuelta y atareada andaba la ciudad con preparativos de la magnífica apoteosis; hallábase el Capitolio soberbiamente decorado con paños de escarlata y realces de oro; impacientes las damas principales por que amaneciese el nuevo sol para salir á balcones y azoteas, cubiertas de pedrería, seda y brocados, á ver desfilarse el triunfal cortejo, ya disponían aguas de olor, coronas de oro y plata, guirnaldas de mirto y rosas,

para arrojarlas á los pies de Tasso. Roma entera tenía un pensamiento, un sueño: Tasso y su victoria. Y como fuese la tarde cayendo, y velando sus luces el astro que no debía volver al horizonte sin alumbrar la gloria de Tasso, doblaron tristemente las campanas de San Onofre, y con la celeridad del rayo esparcióse por la ciudad la noticia de que el poeta acababa de morir.

Dije que el destino soltó acaso burlona y mefistofélica risa al preparar á Tasso esta postre-
ra jugarreta, que parecía obra del endiablado duende. Mas tal vez sería el ángel guardián del poeta quien dulcemente sonrió al tomarle en sus brazos para conducirlo al lugar en que una corona mejor que la del Capitolio esperaba al cantor de las Cruzadas.

Era Tasso sincera y profundamente religioso, á despecho de las corrientes escépticas y paganas en que bogaba su siglo. La gravedad con que tomaba los negocios espirituales y todas las cosas de la vida; su seriedad literaria; la florida riqueza de su mente, la viva sensibilidad, la elevación de su pensamiento filosófico, todo le inducía á creer. Su vocación era la vocación austera y solitaria de las almas en quienes la idea religiosa es una energía, una fuerza; su carácter y su sensibilidad enfermiza le hacían inepto para la vida del mundo y propio para el claustro; y á pesar de ciertas confesiones que se encuentran en sus escritos, la sensualidad nunca debió de dominarle. La idea de la muerte, excelente maestra de la vida, le visitaba con frecuencia suma. No eran sus creencias mecánica y frívola costumbre del espíritu: las había pesado, examinado, reconocido atentamente, y vuelto á acoger y abrazar con mayor empeño. No sólo rendía á Cristo y á su Iglesia el humil-

de acatamiento de cristiano, sino que les profesaba lírica ternura de creyente. Tenía ojos para ver y corazón para sentir todas las bellezas del cristianismo. Acaso el lado estético de la religión era el que más patente y de bulto se ofrecía á sus ojos, por efecto del predominio de su genio poético. Su fantasía era cristiana también y en los delirios de su locura veía á la Virgen "joven y hermosa, con su hijuelo en brazos, y por corona el arco Iris,". Hasta las devociones de Tasso llevan el sello de su idealidad. Dígalo la piadosa peregrinación que hizo á uno de los lugares más interesantes y poéticos de Italia: la Santa Casa de Loreto.

Era entonces usanza de los reyes y príncipes, al postrarse en el renombrado santuario, cuyo pavimento de mármol había carcomido el roce de las rodillas de los peregrinos, colgar ante la imagen de la Virgen, resplandeciente de oro y diamantes, alguna pingüe presea, alguna perla oriental ó riquísimo joyel, ya que no la espada que ceñían ó la misma ropa que vestida llevaban. Cuando Tasso fué á hincarse de hinojos en la Santa Casa, no tenía blanca, y su raído traje se caía á pedazos. Dió lo que podía dar: su magnífica ofrenda fué una canción que compuso en honor de la Madre de Dios y que comienza: *Ecco fra le tempeste e i fieri venti*.

Hacia los últimos años de su vida creció en Tasso el gusto de la contemplación y del recogimiento espiritual. Al dirigirse á Roma por llamamiento del cardenal de San Jorge para preparar su triunfo y fallecer sin lograrlo, de-